



EL MÚSICO
Y LAS
SANDÍAS

Alfonso Guido

Ilustraciones de Paula Mazariegos


loqueleo
SANTILLANA

Índice

1. Un músico	7
2. Una crisis	25
3. Una sandía	41
4. Muchas sandías	57
5. Pérdida e inversión inteligente	75
6. Orígenes	87

1. Un músico

Andrés era un tipo muy pobre que llevaba muchos años de vivir como músico en las calles.

Durante el día tocaba una mandolina en cualquier acera de la avenida Teresa Meléndez, de la calle Catorce de Noviembre o en el parque de los Filólogos. A veces, sobre todo en invierno (cuando disminuía la afluencia de personas en los parques abiertos), se movía con su mandolina hacia el parque techado Cienfuegos, en la esquina de la calle de la Fermentadora y la avenida San Anselmo, siempre y cuando los guardias del parque no lo corrieran de allí por su asombroso parecido

con cierto ladrón de monumentos que se estaba robando los bustos de los personajes más ilustres de la ciudad para luego venderlos en el extranjero. Nadie sabe adónde fueron a parar las esculturas de Carlos Dinessen (robada en el parque Dinessen), de Constanza Zambrano (robada en la avenida Constantinopla), de Luis Alberto Martínez (robada en el parque Erudición), de Juana García de Lloret (robada en la avenida San Anselmo) y del mismo Ramiro Cienfuegos, que ya había sido robada cuatro veces en el parque Cienfuegos sin que los agentes del lugar lograran comprender cómo era posible que una escultura pudiera desaparecer, literalmente, de la noche a la mañana.

—¡Fuera de aquí, ladrón! —decía alguno de los guardias al verlo—. En cuanto te pesque con las manos en la masa te vas directo a la cárcel.

—Usted me confunde, señor —se defendía Andrés—. Yo lo único que vengo a hacer es a ex-

presar mi arte, que, aunque usted no lo crea, pronto pegará en el extranjero.

—El que te va a pegar si no te vas de aquí soy yo. ¡Fuera!

No le quedaba otra que irse del parque Cienfuegos.

Pero no siempre corría con tan mala suerte. A veces los guardias se aburrían de echarlo del parque y optaban por hacerse los que no lo miraban. Sin embargo, ya fuera que se instalase con su mandolina en este parque o en el de los Filólogos, o bien en la avenida Teresa Meléndez o en la calle Catorce de Noviembre, el único objetivo de Andrés era conseguir que la gente echara una moneda de cinco o diez centavos en el hueco de su boina, que colocaba en el suelo, a su lado. De esto dependía que pudiera comer algo al final del día.

Su única hora diaria de comida era la noche, cuando recolectaba todo lo ganado en la jornada,



que en días malos podían ser entre 75 y 90 centavos, mientras que en días buenos, sobre todo los domingos en el parque de los Filólogos o los martes en la avenida Teresa Meléndez (por una extraña razón, el martes era el mejor día para instalarse en dicha avenida), podía reunir hasta \$1.50.

Había ocasiones especiales en las que se movía a puntos estratégicos. Por ejemplo, durante la Feria de la Independencia Nacional, que se celebraba cada año del 7 al 14 de noviembre en el parque Erudición, podía llegar a recolectar hasta \$1.90 en una sola jornada. Una vez había llegado a recolectar la asombrosa cantidad de \$2.65. Nunca antes había llegado a ganar tanto dinero en un solo día. Era una lástima que no todos los días fueran de feria nacional.

El parque Erudición permanecía desolado el resto del año, por lo que asomarse por allí era un día perdido seguro.

Al terminar su jornada diaria, con las yemas de los dedos adoloridas y con mucha hambre, Andrés regresaba a su hogar (un cartón instalado debajo del puente Progreso, a orillas del río Pinto, donde compartía alojamiento con 17 personas más), no sin antes pasar por el comedor de doña Salvadora, sobre la avenida Progreso, a pocas cuadras del puente.

—Buenas noches —decía Andrés cuando entraba en el lugar y ocupaba una mesa. Se quitaba la boina y se descolgaba su mandolina del hombro antes de sentarse. Estaba consciente de que su apariencia solía provocar el rechazo general, tanto de los clientes como de los empleados, pero cuando se trataba de comer cómodo y barato, eso poco le importaba.

—¡Ay, no, miren quién acaba de llegar!
—decía cualquiera de las tres muchachas idénticas que solían mantenerse detrás del mostrador.

Las tres hijas de doña Salvadora, las trillizas Marta, María y Magdalena, a esa hora casi siempre solían estar aburridas y apoyadas de codos detrás del mostrador. Pese a que el comedor casi siempre estaba lleno, doña Salvadora les había dado instrucciones de cuidar siempre la caja registradora del dinero, a menos que llegase algún indeseable al que fuera necesario despachar rápido para que se fuera lo más pronto posible, y para ellas, Andrés era indeseable porque casi siempre compraba muy poco o casi nada, y por el contrario, solía hacerles trampas y bromas, y según doña Salvadora, su presencia le daba mala apariencia al comedor.

—Vamos, chicas, ya saben, la que pierda tres veces, tendrá que atender al indeseable de la guitarrita. ¿Listas?

—Sí —dijeron al unísono.

—Bueno, aquí vamos: ¡Piedra, papel y tijera; uno, dos, tres!

De esa forma las trillizas se sorteaban quién debía atender a Andrés.

—Perdiste, Marta.

—¡Siempre yo! —respondía Marta, malhumorada—. Deberíamos buscar otro juego, este ya no me gusta.

Y cuando Marta llegaba a la mesa de Andrés, lo saludaba:

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Magdalena —respondía Andrés.

—Soy Marta, no Magdalena.

—¿En serio? Perdón, señorita, pero es que hoy vengo muy despistado. ¡Como si no fuese tan clara y evidente la diferencia entre usted y María!

—Magdalena, querrá decir.

—¡Ah, usted es Magdalena!

—¡No! Es que usted antes había dicho...

—Entiendo: entonces usted es María.

—¡Sí!... digo... ¡No! ¡Yo soy Marta!

—Como sea, Magdalena... digo, María... digo, Marta. ¿Podría traerme el menú, por favor?

—Aquí lo tiene —le respondía, de mala gana, entregándole el menú.

El Rinconcito de Doña Salvadora

Variedad que da gusto

Menú

Platos fuertes

1. Frijoles refritos a la Salvadorita con pollo ahumado, coctel de verduras irlandesas y pan de queso: **\$3.75.**
2. Ensalada de frijoles a la Salvadorita con filete de tiburón y nueces de Arabia: **\$3.25.**
3. Guisado de frijoles a la Salvadorita con especias caucásicas y arroz de la India: **\$2.65.**

4. Sopa de frijoles a la Salvadorita con embutidos persas y pan de queso: **\$2.10**.
5. Frijoles cocidos a la Salvadorita con condimento uruguayo y pan de queso: **\$1.45**.
6. Frijoles cocidos a la Salvadorita con condimento uruguayo (no incluye pan de queso): **\$1.10**.
7. Frijoles cocidos a la Salvadorita (sin condimento uruguayo): **\$0.95**.
 - 7.1. Frijoles cocidos a la Salvadorita (cuchara extra): **\$0.25**.

Nota. Los platillos no incluyen bebida.

Bebidas

8. Refresco de frutas a la Salvadorita con semillas de frijol: **\$1.30**.
9. Agua en botella con gas y sabores: **\$0.75**.
 - 9.1. Agua en botella: **\$1.15**.

Extras y acompañamientos

10. Porción de ensalada de frijoles a la Salvadorita: **\$1.30.**
11. Ensalada de frijoles a la Salvadorita (sin frijoles a la Salvadorita): **\$0.65.**
12. Pan de queso (unidad): **\$0.35.**
 - 12.1. Pan de queso (con queso solo por encima): **\$0.30.**
 - 12.1.1. 1/2 pan de queso (con queso solo por encima): **\$0.25.**
 - 12.1.1.1. 1/4 de pan de queso (con mantequilla que parece queso): **\$0.20.**
 - 12.1.1.2. 1/4 de pan de queso (sin queso ni mantequilla ni nada): **\$0.15.**

—¿Qué va a querer, señor?

—Me da dos siete punto uno y un doce por favor.



—Para llevar, ¿cierto? —respondía Marta, cruzando los dedos para que dijera que sí.

—No, para comer aquí.

—Está bien —asentía la trilliza con un suspiro resignado—. ¿Y de tomar?

—De tomar... Veamos... —decía Andrés tomándose su tiempo para pensarlo mientras Marta cambiaba de postura cada dos segundos en señal de impaciencia.

—¿Ya, señor?

—Sí, de tomar me da un nueve punto uno punto uno.

—Claro que sí —decía la mesera dándose la vuelta y anotando en la libreta de pedidos mientras repetía mecánicamente: «Un nueve punto uno punto...». De pronto reaccionaba.

—Señor, eso no existe en el menú.

—Claro que sí. Es un vaso de agua del grifo. Tal vez se les olvidó escribirlo en el menú.

—Está equivocado, señor.

—Mire —decía Andrés señalando el menú—. Parece que aquí alguien borró una línea.

La trilliza argumentaba que no, que aquello que parecía borrón no era más que una mancha de grasa. Pero Andrés afirmaba que sí, que era un borrón, que sí existía el dichoso nueve punto uno punto uno y que todos los días se lo servían. La discusión continuaba hasta que la mesera se daba por vencida.

—Está bien, señor. Ya le traigo su orden —decía ella finalmente, ya fastidiada.

Mientras esperaba su orden sentado en cualquiera de las mesas desocupadas, Andrés tocaba melodías suaves (*Cerezos en miel* o *Amores de otoño*) con su mandolina, y saludaba con galantería afectada a todo aquel que pasara a su lado: «¡Buenas noches, bella dama! ¡Buenas noches, ilustre caballero!». Así se la pasaba hasta que Marta le llevaba su comida.

—Aquí está su orden —decía dejando de mala gana sobre la mesa una escudilla con frijoles y otra con un pan, además de un vaso de agua.

Veintisiete segundos después, los platos estaban vacíos.

—La cuenta, por favor.

Andrés transfiguraba su semblante por una cara de insólito. No podían ser 95 centavos.

—Disculpe, Mar...— ¡Marta! interrumpió corrigiendo la trilliza —Como sea, Magdalena, disculpe, pero debe de estar confundida. Quisiera la cuenta de lo que consumí yo, no de lo que han consumido todos los clientes del *restaurant*.

—No intente hacerse el gracioso conmigo porque sus chistes no me causan gracia. ¡Pague inmediatamente o llamo a seguridad!

—Pero si dos cucharadas de frijoles cuestan 50 centavos y un pan de queso cuesta 35, ¿por qué me cobra 95?

—Son 10 centavos por el vaso de agua.

—¿Ah, sí? Pues quiero ver. Enséñeme dónde está el precio en el menú. A ver si es cierto.

—Pero usted dijo...

—¿Acaso le quiere robar a un cliente?

—Pero...

—Llámeme al gerente inmediatamente.

—Pero...

—«Pero, pero». ¿Pero qué espera? ¡Doña Salvadorita, venga un momento, que una de sus empleadas me quiere estafar!

En ese momento la trilliza sentía ganas de arrebatarle la mandolina y quebrársela en la cabeza.

—Está bien. Entonces pague los 85 centavos y váyase con su estúpida *guitarrita* a hacer ruido a otra parte.

—Aquí están: 85 centavos —decía a la vez que dejaba un puñado de monedas sobre la mesa—.

Y aquí tiene 5 centavos más de propina, aunque no se la merezca.

Luego, Andrés se levantaba para retirarse, pero antes de alejarse se volvía a la mesera como quien olvida colocarle punto final a un asunto importante:

—Y no se llama *guitarrita*. Se llama mandolina.